

7. fundado en 1808.  
CICERON



# DEMOSTENES

OBRA DEDICADA

A LOS ALUMNOS DE LA CATEDRA DE MAYORES  
DEL SEMINARIO CONCILIAR DE ESTA CIUDAD

POR

UN PROFESOR DEL MISMO SEMINARIO

MÉXICO, JULIO DE 1878.

DG260

.C53

C5

c.2

MÉXICO

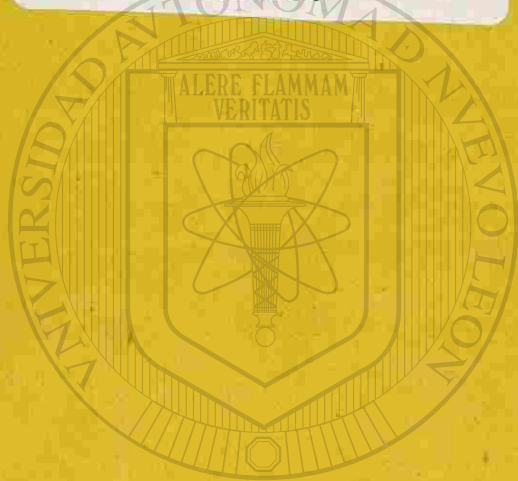
J. M. AGUILAR ORTIZ

Domingo 6 y Perpetua 8 1/2

1878



1080026536



CICERON

Y

DEMOSTENES

ORBITA DEDICADA

A LOS ALUMNOS DE LA CATEDRA DE MAYORES

DEL SEMINARIO CONCILIAE DE ESTA CIUDAD

POE

UN PROFESOR DEL MISMO SEMINARIO

MÉXICO, JULIO DE 1878.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tollez

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

MÉXICO

IMPRENTA DE J. M. AGUILAR ORTIZ

1ª de Santo Domingo 5 y Perpetua 8½

1878

FONDO EMETERIO  
41862

DG 260

C 53

CS  
es-2



FONDO EMETERIO  
VALVERDÉ Y TELLEZ

## EL EDITOR

No puede un profesor de Retórica hacer sentir mejor á sus discípulos las bellezas de la literatura, que poniendo en sus manos aquellas producciones de primer orden con que los grandes géneos immortalizaron su nombre. Tales son las de Ciceron y Demóstenes, los primeros sin disputa en el arte oratoria en un tiempo en que la elocuencia se vió subir á mayor altura. Respecto de Ciceron, el Ilmo. Sr. Munguía al ocuparse de la Oracion en defensa de A. Licinio, se expresa en los siguientes términos:

“Sobre todo lo que hay aquí mas digno de notarse, es que la elocuencia académica no puede ofrecer al paralelo ninguna obra, mas profundamente pensada, ni sentida con mayor entusiasmo, ni presentada con mas ornato y magnificencia,

004691

que este discurso donde vemos no tanto una defensa judicial, como el mas cumplido y bello elogio que ha podido hacerse de la bella literatura.”

“¿Y pudiera encontrarse una coyuntura mas á propósito que ésta, ni una autoridad mas decisiva que la de Ciceron, para recomendar el cultivo de la elocuencia y de la poesia á la juventud que actualmente se forma en tan amenos estudios?”

¡Ojalá que con esta publicacion se despierte en los jóvenes Seminaristas de la Clase de Mayores y en todos los que dan los primeros pasos en la literatura, su aficion á las bellas letras! Esta seria mi mayor satisfaccion. Por lo demás, si mis alumnos corresponden á mis afanes, como lo espero, acaso no sea este primer obsequio el último que les dedique.

*N. L.*

### ESTE LIBRITO CONTIENE:

- 1º Discurso de Demóstenes por la paz.
- 2º Observaciones críticas sobre la composicion precedente por el Illmo. Sr. Dr. D. Clemente de Jesus Munguía.
- 3º Un extracto (1) de las observaciones críticas que el mismo Illmo. Sr. hizo sobre la Oracion de Ciceron en defensa de Aulo Licinio Archías.
- 4º La Égloga primera de Virgilio Maron traducida en versos castellanos por D. Manuel Montes de Oca.

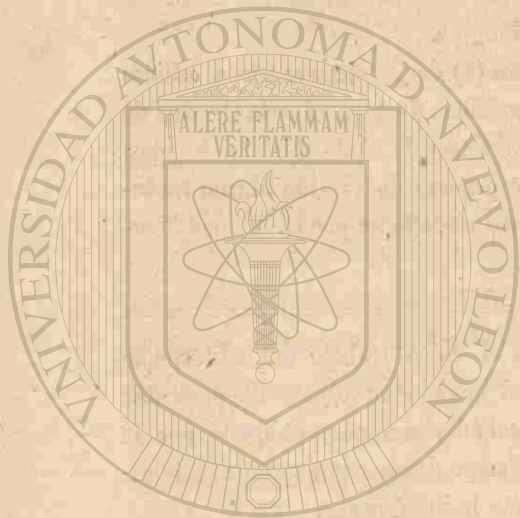
---

(1) Este es el único trabajo del editor, que acaso no habrá llenado su objeto de presentar un extracto acabado; pero que, obligado por la premura del tiempo á hacer una pronta publicacion, se promete la indulgencia.

---

Este libro se halla de venta en la antigua Librería de Andrade y Morales, Portal de Agustinos, á los precios siguientes:

100 .....	\$ 10
1 docena .....	” 1 50
1 .....	” 0 12



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ARENAGA DE DEMOSTENES POR LA PAZ,

Traducida del griego al francés por Auger,  
y del francés al castellano  
por el Ilmo. Sr. Dr. D. Clemente de Jesus Munguia,  
dignísimo Obispo de Michoacan.

Queriendo Filipo, Señor de Olyntia y de todas las ciudades vecinas, pasar precisamente las Termópilas para concluir la guerra de Fócide; y siéndole indispensable para ésto remover con halagüeñas promesas los obstáculos que podian oponer á sus proyectos los atenienses, les hizo algunas propuestas valiéndose de los partidarios que tenia en la misma Atenas. El rey de Macedonia supo con su política halagar tan bien los espíritus, que los atenienses, aunque al principio se dividieron en dos facciones, una de las cuales, á que pertenecia Eschines, rehusaba completamente la paz, se avinieron á admitirla, y fué concluida en efecto, despues de varias embajadas de una y otra parte. Todo pareció disponerse con mucha ventaja para es-

te príncipe. Habíase apoderado de la mayor parte de la Tracia aprovechando la dilacion en que estaban para proporcionarle esta ventaja los diputados de Atenas adictos suyos en la mayor parte, y que habian sido enviados á él con el fin de recibir su juramento y concluir la paz. Se valió de Eschines, hechura suya, con el objeto de adormecer á los atenienses con promesas que estaba muy léjos de cumplir. Entre tanto se apodera de las Thermópylas: pasando en seguida á la Fócide, derrama el espanto entre los fócios, que creyéndose vencidos, piden la paz y se le entregan á su arbitrio; reúne inmediatamente el consejo de los Amphyctiones, y declarándose vengador de Apolo, los establece, sin omitir solemnidad ninguna, jueces soberanos para castigar el sacrilegio cometido por los fócios; por último, á nombre de estos jueces, sometidos siempre á su voluntad, ordenó entre otras cosas, que se arruinasen las ciudades de la Fócide. Más como Filipo, con la mira de remover los obstáculos que podrian frustrar sus designios, habia reunido á solo aquellos Amphyctiones que eran sus partidarios, le era necesario recabar de los atenienses y de otros pueblos principales el que ratificasen el decreto que lo declaraba miembro de los Amphyctiones; pues no habiendo tenido parte alguna en su nombra-

miento y perteneciendo por otra parte á este consejo, podrian muy bien desechar esta nueva eleccion.

En la junta convocada por los atenienses para deliberar sobre el partido que debia seguirse, muchos se opusieron abiertamente á las pretensiones de Filipo. No era de este número Demóstenes, que sin haber aprobado nunca la paz ajustada con aquel, tampoco reputaba conveniente romperla, ya que estaba hecha. A fin, pues, de persuadir al pueblo de la importancia de su consejo, sube á la tribuna, llama su atencion, y les habla de esta manera:

“Embarazosa y muy difícil, ¡oh atenienses! es la deliberacion que al presente nos ocupa, en razon de que por una parte vuestra negligencia os ha ocasionado grandes pérdidas, sobre las que seria inútil detenernos; y por otra parte, no pudiendo hallarnos conformes acerca de los medios de conservar lo que nos queda, estamos siempre divididos en punto á nuestros verdaderos intereses. Un defecto, que os es propio, aumenta la dificultad: en lugar de aplicaros á prevenir el mal, deliberais cuando ya está consumado; y por una consecuencia inevitable de este sistema, al mismo tiempo que aplaudís al orador que os reprocha vuestras faltas, dejais que se os

escapen los negocios cuando parece que ocupan más vuestra atención. A pesar de estos obstáculos que oponéis, me lisonjeo, y esto es lo que me ha determinado á subir á la tribuna, de que si renunciando á todo espíritu de contienda, queréis escucharme con la tranquilidad de un pueblo que delibera sobre los intereses de la patria y los negocios de la mayor importancia, mis consejos y discursos os pondrán en estado de mejorar vuestra condición y reparar vuestras pérdidas.

Yo sé que hay un medio, cuando se quiere echar mano de él, para conseguirlo todo de vosotros, y es que el orador hablando de sí mismo, os recuerde los dictámenes que en las circunstancias se hayan abierto; pero á mí me repugna tanto este medio, que me causa mucha pena recurrir á él, por más convencido que esté de su necesidad; y si estoy resuelto á emplearle en la ocasión presente, es por hallarme persuadido de que juzgaréis mejor de mis consejos, si al tiempo de exponerlos, os recuerdo algunos de aquellos que en iguales circunstancias os he dado.

Cuando por las turbulencias de la Eubea se os aconsejaba socorrer á Plutarco, y encargáros de una guerra tan dispendiosa como poco honorífica, yo fuí el primero y el único que subí á la tribuna para combatir este dictámen, y en-

tónces faltó muy poco para que me redujeran á pedazos aquellos pérfidos que, arrastrados por un vil interés, os comprometieron en mil enormes faltas. El deshonor de que os cubrió esta guerra, y los insultos que sufrísteis, tan grandes como ningún pueblo había llegado á sentirlos de parte de aquellos á quienes queríais socorrer, os hicieron reconocer bien pronto la rectitud de mis opiniones y la perversidad de los ciudadanos que os habían dado tan malos consejos.

En otra ocasión, viendo al cómico Neoptolemo obtener de vosotros por su arte toda clase de licencias, dar mortales golpes á la República, abusar de su crédito para emplear todas vuestras fuerzas y todos vuestros recursos en favor de Filipo, yo me presenté aquí y denuncié al traidor sin ningún espíritu de odio ni malignidad, como después lo justificó el acontecimiento. Yo no tuve que contender con los defensores de Neoptolemo, porque nadie se atrevió á defenderle, sino con vosotros mismos: porque si en vez de concurrir entónces, como lo hicísteis, á deliberar sobre los negocios públicos y la conservación del Estado, hubiésteis asistido á los vanos espectáculos, habría sido imposible que nos escucháseis, ni á él con mayor interés, ni á mí con mayor repugnancia. Sin embargo, ninguno de vosotros ignora hoy que aquel hombre

hizo entónces un viaje al país de nuestros enemigos, so pretexto de cobrar en Macedonia la plata que se le debía, para volver con ella á librarse de sus cargas: sabeis que se quejaba incessantemente, incapaz de sufrir por mirarlo como cosa detestable, el que se tuviese como un crimen en algunos ir á cobrar sus deudas: sabeis, repito, que este hombre realizó los fondos que aquí poseía, para establecerse cerca de Filipo con toda su fortuna.

Estos dos hechos, justificados por el éxito, prueban la rectitud y sinceridad de los discursos que os dirijí en aquella época á vosotros. Voy á recordaros una tercera circunstancia para entrar en materia. Despues de la embajada en que mis colegas y yo habiamos recibido los juramentos por la paz, se os prometía de parte de Filipo que éste iba á restablecer á Tespias y á Platea, que conservaria á los fócios despues de haberlos sometido, que arruinaria la ciudad de Tébas, os haria devolver á Orope, y finalmente, que se os daria la Eubea en indemnizacion de Amphípolis; se os lisonjeaba entónces con frívolas y quiméricas esperanzas, que os determinaron á desamparar á los fócios, contra todo lo que parecian dictar el honor, la justicia y vuestros propios intereses. Yo entónces, sin ocultar ni disimular cosa alguna de las que pre-

veía, os anuncié netamente que ignoraba todas estas promesas del monarca, y que léjos de resolverme á darles crédito, me hallaba convencido de que se os estaba lisonjeando con vanas palabras.

Si, pues, en todos estos puntos he visto mejor que los otros, no será éste para mí un motivo de vanidad, no lo atribuiré á una singular penetracion. Dos causas por ventura son las que me han, hecho más ilustrado y previsivo: tales son, en primer lugar, el favor de la fortuna cuyo poder es superior á toda la sabiduría humana, y á todos los esfuerzos del ingenio; y en segundo, esta incorruptibilidad con que juzgo y hablo de todo. No, no podrá demostrarse que un solo presente haya influido jamás sobre mis discursos ni mis procedimientos en la administracion; y por esto se me ha venido á ofrecer inmediatamente lo que en el curso de los negocios presenta mayores ventajas al Estado. Pero cuando ha recibido algun dinero el orador que pesa los intereses públicos, este dinero, que obra sobre su espíritu como un peso en la balanza, le precipita y atrae de tal manera, que ya no le es dado juzgar sanamente de las cosas.

Por lo demás, hé aquí mi dictámen en la presente coyuntura. Bien se quieran procurar fondos á la República, bien aliados ú otro género



de recursos, el primero de nuestros cuidados debe ser no romper la paz actual: no porque yo la crea muy ventajosa y digna de vosotros, sino porque cualquiera que ella sea, si no fué necesario que se hiciese, tampoco lo es romperla ahora que está ya hecha, puesto que dejamos escapar muchos objetos que hallándose entonces en nuestras manos, proporcionaban para la guerra más seguridad y medios de los que al presente pudiéramos tener.

En segundo, debemos precavernos de poner á los pueblos que componian la asamblea y se adornan con el título de Amphyctiones en la necesidad de atacarnos todos de concierto, ó á lo ménos es preciso no darles el menor pretexto para tal cosa. Si á fin de recobrar á Amphípolis, ó por alguna otra razon particular en que no tuviesen parte ni los tesalónicos, ni los argivos, ni los tebanos, entrásemos en nuevas diferencias con Filipo, entiendo que aquellos (y permítaseme decir que mucho ménos los últimos), no tomarian partido en la querella de este monarca; no porque abriguen las mejores intenciones respecto de Atenas; ni estén poco interesados en dar gusto á Filipo, sino por hallarse convencidos, á pesar de que se les crea muy estúpidos, de que entrando en guerra con los atenienses, tendrán que resentir todos los males de

ella, miéntras un tercero estará espiando y aprovechará por fin el momento de recoger todos sus frutos. No se expondrán por lo mismo ni ellos ni los demás á tomar las armas contra nosotros, á ménos que tengan todas las razones para tomar parte en la querella. Si llegásemos á estar en guerra con los tebanos por la ciudad de Orope ó por otro objeto semejante, nada tendríamos que temer de los demás griegos: porque ellos nos defenderian desde luego á nosotros ó á los tebanos, segun que los unos ó los otros fuésemos combatidos injustamente; pero no, si queriamos atacar. No se requiere pensar mucho para conocer que tal es el espíritu de las confederaciones, y que son así ellas necesariamente y por su misma naturaleza. Ningun pueblo lleva la benevolencia para con nosotros y los tebanos hasta el extremo de querer que una de dos potencias, no contenta con mantenerse, oprima á su rival: porque si todas por su propio interés aspiran á que ni unos ni otros seamos oprimidos, ninguna sufrirá nunca que seamos los señores y dominemos en la Grecia.

¿Qué es pues lo que hay que temer, y lo que ha de evitarse? Ministrar á los pueblos motivos de disgusto y un pretexto comun para marchar contra nosotros. Porque si los argivos, los mesenios y megalopolitanos, habitantes del Pelo-

poneso todos, y que tienen un mismo partido, están indispuestos contra nuestra República por haber solicitado nosotros la alianza de Lacedemonia, y parece nos prestamos á sus empresas, si los tebanos que, como se ha dicho, nos odian naturalmente, y más todavía porque recojemos á sus desterrados, y de mil maneras manifestamos respecto de ellos disposiciones poco favorables; si los tesalónicos quieren mal á nuestra ciudad porque recibió á los fugitivos de la Fócide, y Filipo porque se le disputa el título de Amphyction, temo que todas estas potencias animadas por un resentimiento particular, se ligen contra Aténas, so pretexto de defender los decretos amphyctiónicos; y que de este modo cada pueblo se vea, por una ligereza, arrastrado á declararnos la guerra contra su propio interés, como ha sucedido en las revoluciones de Fócide. No ignorais, segun creo, que los tebanos, tesalonicenses y Filipo, sin tener cada uno el mismo objeto principal, han concurrido todos al mismo fin. Los tebanos, por ejemplo, no pudieron evitar que Filipo, penetrando hasta las Termópilas, se apoderase de este tránsito, y que, sin embargo de haber venido el último, les arrebatase la gloria de sus trabajos: adquirieron muchas posesiones y perdieron el honor. Como no podian obtener lo que deseaban sino hacién-

dose este príncipe señor de las Termópilas, toleraron aunque con disgusto, que se apoderase de ellas, porque deseaban adquirir á Orcomenes y Coronea, lo que no podian á la verdad por sí mismos. Hay quienes pretendan que á fuerza, y no de grado, entregó á los tebanos Filipo aquellas dos ciudades, cosa que yo no puedo creer, porque sé que en todo esto no tuvo más objeto ni ambicionaba otra cosa Filipo, que apoderarse de las Termópilas, presidir á los juegos píticos y pasar á la Grecia, despues de haber concluido la guerra de la Fócide y arreglado la suerte de sus habitantes.

Es verdad que los tesalónicos, léjos de querer el engrandecimiento de los tebanos ni de Filipo, miraban á éste como perjudicial á sus negocios; mas como deseaban recobrar el derecho de tener voz y voto en la junta de los Amphyctiones, secundaron, para llegar á este fin, los proyectos del monarca. Así es que, arrastrado cada uno por su interés particular, obraron todos de concierto contra su gusto. Segun estas reflexiones, es evidente que no podremos observarnos demasiado.

Más ¡qué! ¿debemos acaso por una cobarde política dejar que se nos imponga la ley? Este es, se me dirá, vuestro consejo. No por cierto, atenienses: que bien léjos de pensar de esta ma-

nera, entiendo haber probado bastante que nada he dicho fuera de razon; y que, siguiendo mi dictámen, nada hareis indigno de vosotros, evitaredis la guerra y dareis á todos los pueblos una grande opinion de vuestra sabiduría.

En cuanto á aquellos que poco inquietos por las consecuencias de la guerra, no temen adelantarse á decir que debemos desafiar todos sus azares, que escuchen este ratiocinio. Dejamos á Oropo á los tebanos; si se nos preguntase: ¿cuál es el verdadero motivo? es, diriamos, evitarnos el embarazo de la guerra. En virtud del tratado de paz, acabamos de ceder al rey de Macedonia la ciudad de Amphípolis: permitimos que los cardianos se separasen de los otros pueblos del Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las islas de Chio, Cos y Rodas, que los bizantinos se lleven por el mar nuestros navíos. ¿Y por qué hemos hecho todo esto? Sin duda porque pensamos que nos es más útil gozar de la paz y del reposo, que suscitaros epemigos y mover querellas por objetos semejantes. ¿No sería pues el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, á vosotros, que temiendo ofenderlas á cada una en particular, sacrificais por lo comun intereses más caros y esenciales?"

## OBSERVACIONES CRITICAS

### SOBRE LA COMPOSICION PRECEDENTE

Es muy grato para los amigos de la buena literatura ofrecer por la primera vez (1) á la expectacion pública una de aquellas composiciones insignes que más dieron á conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores del primer orador del mundo.

Asustado este grande hombre de los males que inundarian á la República, si ésta interrumpia la paz de que entónces disfrutaba, reúne los medios para persuadir á los atenienses la justicia de sus temores, y sube á la tribuna del pueblo, como lo tenia de costumbre, á fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir á su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos, y fijar el corazon inconstante y lijero de sus compatriotas, ofreciéndoles las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado si secundan sus votos, y anunciándoles que contra su ordinaria

(1) En Morelia.

nera, entiendo haber probado bastante que nada he dicho fuera de razon; y que, siguiendo mi dictámen, nada hareis indigno de vosotros, evitaredis la guerra y dareis á todos los pueblos una grande opinion de vuestra sabiduría.

En cuanto á aquellos que poco inquietos por las consecuencias de la guerra, no temen adelantarse á decir que debemos desafiar todos sus azares, que escuchen este ratiocinio. Dejamos á Oropo á los tebanos; si se nos preguntase: ¿cuál es el verdadero motivo? es, diriamos, evitarnos el embarazo de la guerra. En virtud del tratado de paz, acabamos de ceder al rey de Macedonia la ciudad de Amphípolis: permitimos que los cardianos se separasen de los otros pueblos del Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las islas de Chio, Cos y Rodas, que los bizantinos se lleven por el mar nuestros navíos. ¿Y por qué hemos hecho todo esto? Sin duda porque pensamos que nos es más útil gozar de la paz y del reposo, que suscitar nos enemigos y mover querellas por objetos semejantes. ¿No sería pues el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, á vosotros, que temiendo ofenderlas á cada una en particular, sacrificais por lo comun intereses más caros y esenciales?"

## OBSERVACIONES CRITICAS

### SOBRE LA COMPOSICION PRECEDENTE

Es muy grato para los amigos de la buena literatura ofrecer por la primera vez (1) á la expectacion pública una de aquellas composiciones insignes que más dieron á conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores del primer orador del mundo.

Asustado este grande hombre de los males que inundarian á la República, si ésta interrumpia la paz de que entónces disfrutaba, reúne los medios para persuadir á los atenienses la justicia de sus temores, y sube á la tribuna del pueblo, como lo tenia de costumbre, á fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir á su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos, y fijar el corazon inconstante y lijero de sus compatriotas, ofreciéndoles las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado si secundan sus votos, y anunciándoles que contra su ordinaria

(1) En Morelia.

costumbre vá á recordarles aquellos infortunios que habian recibido, por no haberse aprovechado de sus dictámenes, cuya importancia habia justificado la más dolorosa experiencia. Señala despues tres acontecimientos infaustos en que se mira resplandecer el patriotismo, la prevision y sabiduría del orador, y la ligereza, inconstancia y ceguedad del pueblo que le escuchaba; y tratando de investigar la causa de esto, descubre que todo consiste en aquella firmeza de carácter que ni vacila con los amagos del poder, ni sucumbe á los halagos de la seduccion, ni cede con la brillante perspectiva del oro.

¿Qué mas necesitaba Demóstenes para que sus medidas fuesen adoptadas con la veneracion debida á los oráculos, y la gratitud de un pueblo entusiasta y reconocido?

Con una preparacion tan ventajosa les anuncia con firmeza su opinion de que la paz se conserve, no como un beneficio positivo, sino como el menor de los males en un tiempo en que ya no se cuenta con ninguno de los innumerables anteriores recursos que los atenienses habian dejado escapar de las manos.

Para persuadirlos mejor, que seria sobremas arriesgado poner á los pueblos de la asamblea de los amphyctiones en el caso de hacerles la guerra, no cree necesario ocultar algunas re-

flexiones que podian ser contrarias á la necesidad de esta medida; y así es que las presenta, diciendo que ni los tebanos tomarian parte con Filipo contra los atecienses en caso de reclamarles estos con las armas la ciudad de Amphípolis, ni tampoco tendrían motivos para temer á los griegos, en caso de entrar en guerra con los tebanos; porque el espíritu de las confederaciones arrastra siempre las pretensiones de los aliados á favor de la causa justa, y nunca hácia el preponderante engrandecimiento de un estado.

Pero si por motivos peculiares é independientes podia sostenerse la guerra sin peligro de una influencia exterior, nunca pudiera afirmarse otro tanto cuando la causa de declararla afectase á los intereses de muchos pueblos, porque entónces se ligarían fuertemente aun contra su gusto para oprimir á los atenienses. Este concepto lleno de política y de sabiduría, sostenido con los mejores ejemplos para persuadirle, cierra y con mucho triunfo la parte confirmativa de esta composicion oratoria, la cual concluye con una buena prolépsis, cuya resolucion ataca las miras de ciertos espíritus imprudentes y cavilosos que so pretexto de evitar una afrenta, parecian sostener que Aténas se hallaba en el caso de aventurarse á todos los azares y peligros de la guerra. Con un argumento urgentísimo por ser muy

personal y demasiado solemne, los combates sin réplica; pues quienes habian hecho en obsequio de la paz sacrificios demasiado costosos como era el de Orope que habian tomado á los tebanos; Ohio, Cos y Rodas, ocupadas por el rey de Caria, y otros de igual naturaleza, no podian sin un exceso de barbarie y locura, provocar por el vano título de Amphyctiones la terrible cólera de los pueblos confederados.

Si en el género deliberativo, la perfeccion del arte consiste en buenas y sólidas razones, coordinarlas, dadas toda la fuerza de que son susceptibles, desenvolverlas sin una oscura prolijidad, consultar de continuo á la experiencia, que es la mejor maestra del espíritu humano, seguir fielmente el orden de los sucesos para calcular su influencia respectiva en las operaciones de gobierno y en la suerte de los estados, conocer la política en su esencia y en su fondo, tener bien deslindados los derechos de la guerra y de la paz, mejor conocidos los resortes tal vez secretos de las naciones extranjeras; y manifestar todas estas luces, este buen sentido crítico, estas miras profundas, que abarcan el cuadro general y político de los pueblos en una discusion clara, metódica y urgente, y con aquella elegante sencillez que sin movimientos apasionados, ni transportes sublimes, arrastra y subyuga el entendi-

miento, triunfando irresistiblemente de los conatos de la voluntad, ¿quién podrá desconocer en este discurso, aunque pequeño, aquella alma republicana que nunca habia transijido y aquella impetuosidad de carácter que dominaba todos los acontecimientos?

Al recordar aquella superioridad de planes, aquel orden de ideas siempre progresivo y siempre victorioso, al sentir los efectos de una dialéctica tan segura y oratoria, de esta vehemencia de raciocinio que no ha perdido su poder ni con la muerte del idioma que le expresaba, este noble desaliño que multiplicó tantas veces los aplausos de todo un pueblo; esta experiencia lógica, manantial de pruebas incontrastables á la cual cedian todos los sofismas y todos los intereses; esta sencillez atractiva que hacia perder su prestigio á los cuadros brillantes de la imaginacion y á todos los adornos del arte; esta osada sublimidad que hizo estremecer tantas veces á los enemigos del Estado y supo encadenar el orgullo de un atrevido y ambicioso monarca: ¿nos es ya permitido rehusar á Demóstenes el tributo de una admiracion ilustrada?

¿Quién no reconoce aquí el genio impasible de la Grecia que no habia llegado á fraquearse nunca sino á los proyectos grandiosos y á las ideas elevadas? ¿Quién no se siente oprimido

por la fuerza prodigiosa del Hércules orador? ¡Con qué satisfactoria seguridad anuncia que el cumplimiento de sus dictámenes está ligado á la felicidad de Aténas! ¡Cuán digno se presenta al proclamarse hijo de la fortuna, incorruptible, incapaz de doblegarse á la seducción! ¡Con qué compararemos el pudor soberano de que se reviste al mencionar la evidencia y sanidad de sus juicios, este hombre que teniendo la vista fija continuamente en la República, jamás la había apartado de este objeto en todos sus discursos para considerarse á sí mismo?

Si no se encuentran aquí ni aquellos movimientos terribles encaminados á inflamar el corazón de la multitud, ni el colorido con que suele revestir sus ideas el que se propone principalmente agradar, ni los prestigios de imaginación que tanto embellecen las obras de los poetas; recordemos que cuando se delibera sobre las fuertes y eficaces medidas en puntos de gobierno, cuando se consultan las prudentes reglas de la conveniencia social, antes ha menester el orador calmar las turbulencias de los espíritus, que desencadenar las borrascosas pasiones cuyo resultado inmediato es arrastrar á su ruina la prosperidad de los pueblos. Nunca más perjudiciales los encantos de la imaginación que en aquellas situaciones difíciles en que el error traspasa

sando los límites de lo meramente especulativo, trasciende á la suerte de la sociedad: nunca más perniciosos los afectos inflamados del alma que cuando ésta, subyugada por intereses momentáneos, tiene una nube delante de sus ojos que le oculta profundamente los caminos del bien. Motivo y muy grande tendríamos para censurar al orador si le viésemos emplear estos medios en un discurso que por su objeto, su importancia y naturaleza pertenece al número de aquellos en que el entendimiento demasiado zeloso se resiste á escuchar cualquiera razonamiento que no venga expresado en su propio lenguaje. "Para el corto número de aquellos, dice Buffon, cuya cabeza es firme, cuyo gusto delicado, cuyo sentido exquisito, y que cuentan por nada el tono, los gestos y el vano sonido de las palabras, se necesitan cosas, pensamientos, razones: porque no basta herir el oído y ocupar los ojos, es indispensable conmover el corazón hablando al espíritu." He aquí caracterizado en dos palabras el estilo de Demóstenes y el excelente mérito de su arenga sobre la paz.

EXTRACTO DE LAS OBSERVACIONES CRITICAS

HECHAS POR

EL ILLMO. SR. DR. D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA

SOBRE LA ORACION DE CICERON

EN FAVOR DE A. LICINIO ARCHIAS

ARGUMENTO.

Anlo Licinio Archias, natural de Antioquia, se inscribió en Heracléa con el objeto de obtener, como lo consiguió, el título de ciudadano romano; mas un acontecimiento casual vino á servir de pretexto á un tal Gracio para disputarle ante los jueces aquel importante y honroso derecho. Habíase incendiado en tiempo de la guerra civil el archivo de Heracléa, y con él los registros públicos, circunstancias que no le permitían rendir la prueba auténtica de su inscripcion en aquella ciudad; pero como aún contaba con el testimonio de Lúculo, los registros de Metélo y otras pruebas, confió á Ciceron su defensa. Este hombre ligado con Archias por vínculos muy antiguos y muy gratos, y que veía en su causa la del génio y la poesía; no

quiere á lo que parece malograr una ocasion tan bella para desahogar sus sentimientos de gratitud, su amor á las letras y su pasion por la gloria; se presenta sin vacilar ante los jueces, y abre su allocucion con un exordio magnífico y sobre manera notable por la delicadeza extraordinaria con que supo guardar en él todas las conveniencias oratorias.

EXORDIO.

Son los hombres por punto general, muy indiferentes á las circunstancias particulares del individuo cuando éstas no se hallan ligadas con sus intereses. Por ésto será siempre la mejor prueba del talento de Ciceron, haber sabido vencer la natural indiferencia de los jueces y captarse de un modo tan completo como nuevo y sorprendente su benevolencia, atencion y docilidad.

Primer triunfo.—Benevolencia de los jueces.

Generalmente se recomienda que el orador hable con modestia de sí mismo, y Marco Tulio en este exordio lo hace en un estilo tan ingenioso y delicado como apropósito por su destreza para conseguir la benevolencia de los jueces. Un hombre arrogante hubiera dicho: "A Licinio pertenece recoger el fruto de mis talentos, de mis estudios y de mi erudicion." Un hombre



ménos reflexivo diria: "No soy nada, careasco absolutamente de mérito y de luces; mas el influjo de Archias en lo que soy, exige mi consagracion actual á su defensa."

Pero Ciceron, evitando la arrogancia y la hipocresia, abre su discurso con una finísima atenuacion. "Si hay en mí alguna talento....." La feliz distribucion de las palabras latinas "quid ingenii, qua exercitatio, ratio aliqua," contribuye no poco á la destreza de la atenuacion: el "non inficior" despierta dos ideas: primera, el concepto público que no podia desmentirse por una negativa del orador, sin hacerlo caer en un extremo todavía más pernicioso que la arrogancia misma; segunda, la de cierta especie de rubor con que parece confesar su mérito, sólo á impulso de la necesidad: "non inficior medioeriter esse versatum."

Intenta el orador disminuir sus talentos á los ojos del auditorio, y se expresa de esta manera: "Si quid est in me ingenii, iudices...." Por no inferir alguna violencia al idioma castellano, se traduce el "quid ingenii" por "algún talento;" pero la version es inexacta. Quien dice "algún talento," siempre expresa un todo, al paso que "quid ingenii" se limita á una parte, y no como quiera, sino á una parte casi imperceptible. Esto era ya mucho; pero el orador

aun vacila para expresar de un modo tan absoluto la pequeña idea de sus talentos: así es que aun los pone en duda, valiéndose de la expresion condicional *si* y añadiendo todavía el más solemne testimonio de su conciencia: "quod sentio quam sit exiguum." Esta última palabra disminuye por sí sola notablemente la idea, puesto que reúne en un punto los dos extremos de lo pequeño y de lo débil; pero añadiendo á ella la expresion ponderativa *quam*, viene á quedar todo, por decirlo así, reducido á una nulidad absoluta, á una nada disfrazada.

No es tan rigorista tratándose de su ejercicio en la oratoria, pues al fin causa ménos rubor confesar el trabajo que la pericia: menciona pues, á aquel de un modo más positivo: "qua exercitatio dicendi;" pero siempre dando á entender que se explica así á impulsos de la notoriedad, "non inficior," y con la precaucion de disminuir algo su versacion en el foro, *medioeriter*.

Pasa de aquí á los resultados de su talento y de su ejercicio en la oratoria, escogiendo de propósito las expresiones más vagas: "hujusec rei, ratio aliqua." La palabra "rei" no nos permite saber si se trata del talento ó del estudio; la palabra "ratio" no nos deja entrever ni la clase ni la extension del resultado; y la palabra "ali-

qua," hace todavía más vaga la idea de "ratio." Sin embargo sea lo que fuere, el orador tiene cuidado de ocultarnos sus talentos, atribuyéndolo todo al estudio y á la excelencia de las letras, de que no habia podido nunca desprenderse sin disgusto: "ab optimarum artium studiis et disciplina profecta, a qua nullum confiteor aetatis meae tempus abhorruisse."

La cláusula primera se cierra con esta proposición: "Archias debe recoger el fruto de todas estas cosas." Aquí una idea viene á hacer más feliz la atenuación precedente, y es que deja traslucir, que si habla de sus talentos y literatura, es por atribuírselo todo á su cliente, al cual va á defender como á un poeta de primer orden.

La segunda cláusula desenvuelve la razon de que Marco Tulio proclame á Licinio dueño casi exclusivo de los resultados que ha recogido aquel en la carrera de las letras: puesto que no puede echar una ojeada sobre la historia de su vida, sin descubrir en Archias al principal agente entre cuantos le conducen y guian por la serie de sus estudios.

No era, pues, justo que para él solo estuviese muda una voz que formada por él habia contribuido á la conservacion de tantos otros.

Este pensamiento admirablemente presentado en la tercera cláusula del exordio, acaba de

justificar á Ciceron de haber dicho una palabra sobre su mérito literario, y de haber admitido la defensa de un hombre á quien estaba ligado con el mas fuerte de todos los vínculos, con el vínculo del reconocimiento.

Un orador que se explica en tales términos, arrastra necesariamente la benevolencia del auditorio, puesto que le muestra reunidas la modestia, el desinterés, la amistad sincera y la memoria continua de los beneficios recibidos.

#### Segundo triunfo.—Atencion de los jueces.

Para esto hace ver la importancia del asunto y dice: "Es una cuestion de Estado "quaestio-  
ne legitima," y muy digna bajo este respecto de elevarse hasta la majestad de la tribuna, puesto que se trata nada ménos que de los derechos políticos: es una causa pública, "judicio público" y por lo mismo de grande importancia en el foro: en fin, va á ser tratada en un estilo enteramente nuevo en los tribunales y desusado en el idioma judicial.—Véase el análisis de esta pieza en los autores selectos.

Fija la atencion de sus oyentes hiriendo su curiosidad. Pero no se oculta al claro talento de Ciceron, que se habria expuesto cuando ménos á la indiferencia del auditorio, si hubiera anunciado la novedad del estilo sin ir precedida

de una preparacion. Primero pues, se capta la benevolencia del auditorio y hace ver la importancia del asunto; mas no se contenta aun con esta preparacion, pues no se atreve todavía á introducir dicha novedad si no le conceden el permiso que para ello solicita; y ni aun este permiso solicitaria si creyera disgustar con eso al que debe juzgar la presente causa. ¡Tanto es el respeto que profesa á los tribunales!

*Tercer triunfo.—Docilidad de los jueces.*

Aquí pondera el severo carácter del auditorio diciendo que hablaba ante el más recomendable y escogido varon "lectissimum virum," á presencia de unos jueces respetabilísimos "severísimos judices," y, lo que es mas, en presencia de un concurso numerosísimo "tanto conventa hominum at frequentia."

Enumeracion muy necesaria, pues de otra manera podia sospecharse que el orador intentaba sorprender á los magistrados, suponiendo en ellos alguna ligereza. Si tan respetable es el auditorio, no podia aspirar á la indulgencia que solicitaba, sino por causas muy graves y legítimas, como las que en efecto expone.

Se trata de un hombre, que, por su constante aplicacion á las tareas pacíficas del estudio, jamás ha tenido ocasion de versarse en los procesos ni en compromisos de esta naturaleza; se

trata de un gran poeta, de un hombre consumado en la literatura "pro summo poeta at que eruditissimo homine:" circunstancias que debian hacerlo muy recomendable á los jueces y que autorizaban tambien la libertad que el orador queria tomarse al hacer su defensa.

Mas si el auditorio es severo, sabe que esta severidad está suavizada por su literatura y se atreve á esperar que su estilo no será desagradable á sus jueces: "non molestam vobis."

Con este motivo quiere aprovechar la oportunidad que se le presenta de hablar sobre la excelencia de la literatura, ya que se encuentra en medio de los primeros humanistas de Roma: "hoc concursu hominum litteratissimorum;" entre los eminentes apreciadores del mérito literario: "hac vestra humanitate;" y ante un magistrado tan digno como el que preside, "hoc denique praetore exercente iudicium."

He aquí como el tribunal más grave y más severo se transforma en el más flexible á la causa de un poeta esclarecido. ¡Tal es el triunfo de las conveniencias oratorias! Benevolencia, atencion, docilidad: todo está conseguido desde que se presenta un orador tan admirablemente diestro para reunir en un exordio tan acabado, el recuerdo de su mérito, el interés de su gratitud, la importancia de la causa, el decoro y lus-

tre del auditorio, la circunspeccion, gravedad, sabiduría y literatura de los magistrados.

### NARRACION.

“*Nam ut primum ex pueris....*” Aquí hace primero una rápida descripción del estado brillante de la literatura: “Florece, dice, en el Asia y en la Grecia y aun más todavía se cultivaba en Italia. En este estado de cosas, Archías arrebató la admiración universal y se hizo célebre en el mismo centro de la cultura.”

Preparación importantísima para juzgar de su mérito á vista del entusiasmo que causaba en todas partes y de los homenajes que donde quiera recibía. ¡No se hubiera hecho tan célebre si no fuera un gran génio, como no brilla una débil llama donde todo está iluminado!

Una narración tan bien distribuida en orden á los hechos, brilla tanto por su extrema concisión, como imita con su rapidéz la celebridad con que se propagó por todo el mundo la fama de un hombre tan extraordinario.

### PROPOSICION.

Primera parte.—Archías es ciudadano Romano.

### CONFIRMACION.

Esta se reduce á un hecho bien sencillo, al de haberse declarado ciudadano ante el Pretor Q.

Metélo, con todos los requisitos que prescribía la ley de Silvano y de Carbon: á saber, estar admitido en alguna ciudad confederada, tener domicilio en Roma y encabezarse en presencia del Pretor. Hechos todos comprobados por el testimonio de Lúculo, el hombre más autorizado y de mayor escrupulosidad, y por el de los embajadores de Heracléa, sujetos distinguidos, todos los cuales se hallaban presentes.

### REFUTACION.

“Si no se trata pues, sino del derecho de ciudadano y de la ley no diré otra palabra más: la causa está defendida. Pero es preciso rebatir objeciones.”

“Cierto es que habiéndose incendiado el archivo de la ciudad de Heracléa, no puede rendirse la prueba de documentos; ¿mas por ventura son estas las únicas que deben admitirse?”

“Es el colmo de la extravagancia y ridiculéz no decir nada contra las pruebas que rendimos, para exigir las que no podemos tener; despreciar con un silencio maligno las declaraciones de los testigos, para reclamar documentos por escrito; y cuando tienes á la vista el testimonio de un hombre tan autorizado, como lo es Lúculo, el juramento y la fé de todo un municipio, desechar estas pruebas que de ningún modo pueden ser

tre del auditorio, la circunspeccion, gravedad, sabiduría y literatura de los magistrados.

#### NARRACION.

“*Nam ut primum ex pueris....*” Aquí hace primero una rápida descripción del estado brillante de la literatura: “Florece, dice, en el Asia y en la Grecia y aun más todavía se cultivaba en Italia. En este estado de cosas, Archías arrebató la admiración universal y se hizo célebre en el mismo centro de la cultura.”

Preparación importantísima para juzgar de su mérito á vista del entusiasmo que causaba en todas partes y de los homenajes que donde quiera recibía. ¡No se hubiera hecho tan célebre si no fuera un gran genio, como no brilla una débil llama donde todo está iluminado!

Una narración tan bien distribuida en orden á los hechos, brilla tanto por su extrema concisión, como imita con su rapidéz la celebridad con que se propagó por todo el mundo la fama de un hombre tan extraordinario.

#### PROPOSICION.

Primera parte.—Archías es ciudadano Romano.

#### CONFIRMACION.

Esta se reduce á un hecho bien sencillo, al de haberse declarado ciudadano ante el Pretor Q.

Metélo, con todos los requisitos que prescribía la ley de Silvano y de Carbon: á saber, estar admitido en alguna ciudad confederada, tener domicilio en Roma y encabezarse en presencia del Pretor. Hechos todos comprobados por el testimonio de Lúculo, el hombre más autorizado y de mayor escrupulosidad, y por el de los embajadores de Heracléa, sujetos distinguidos, todos los cuales se hallaban presentes.

#### REFUTACION.

“Si no se trata pues, sino del derecho de ciudadano y de la ley no diré otra palabra más: la causa está defendida. Pero es preciso rebatir objeciones.”

“Cierto es que habiéndose incendiado el archivo de la ciudad de Heracléa, no puede rendirse la prueba de documentos; ¿mas por ventura son estas las únicas que deben admitirse?”

“Es el colmo de la extravagancia y ridiculéz no decir nada contra las pruebas que rendimos, para exigir las que no podemos tener; despreciar con un silencio maligno las declaraciones de los testigos, para reclamar documentos por escrito; y cuando tienes á la vista el testimonio de un hombre tan autorizado, como lo es Lúculo, el juramento y la fé de todo un municipio, desechar estas pruebas que de ningún modo pueden ser

falsificadas, para insistir en unos registros que como tu mismo confiesas, suelen serlo diariamente.”

“Tampoco se registra el nombre de Licinio en algunos alistamientos de la ciudad. ¿Pero quién ignora que en dos de ellos acompañaba en el Asia á un general romano y que en tiempo de Julio y Craso no se alistó ninguna parte del pueblo?”

“Hubo tiempo, dices, que no se atrevió á conducirse como ciudadano, ¿y no testó varias veces en ese mismo tiempo conforme al derecho de Roma? ¿No heredó á varios ciudadanos romanos y fué colocado por Lúculo, Pretor y Cónsul, entre los beneméritos del erario? Busca, Gracio, nuevas pruebas, que Archias no será vencido jamás ni por su conducta propia ni por la de sus amigos.”

Segunda parte de la proposicion.

SI LICINIO NO FUERA CIUDADANO, DEBERIA SERLO.

Confirmacion.—Por su literatura.—“Quæres a nobis.....” Despues de hacer el magnífico elogio de las bellas letras, la conclusion se desprende por sí sola. “Su literatura es útil, dice, á los oradores. Porque la poesia ofrece una grata distraccion á nuestro espíritu fatigado con las con-

tiendas del foro, y un descanso muy apacible á nuestros oídos aturdidos con las querellas judiciales.” He aquí la primera ventaja que el hombre público puede sacar del cultivo de la poesia: aliviar un tanto su espíritu de las pesadas tareas de la vida pública, reponerse un tanto para no sucumbir bajo la carga, y conservar el buen humor en medio de las continuas y penosas agitaciones que necesariamente traen consigo los altos puestos.

“Créis, por ventura, que podríamos bastar nosotros á la variedad extrema de negocios, que diariamente estamos en el caso de tratar; ni que podríamos sostener una aplicacion tan continua, si no dilatásemos nuestra alma en el cultivo de tan amenos estudios?” Segunda ventaja que pueden sacar de aquí los grandes hombres: enriquecer sus talentos, limar su gusto, pulir el estilo de sus obras, adquirir facilidad en el uso de la palabra y llevar á más alta perfeccion los géneros de estudio á que directamente se consagran.

“Avergiéncense en hora buena ciertos hombres de cultivar la literatura, yo por mí confieso haberme consagrado todo el tiempo de mi vida á los estudios literarios, á fin de ser útil á la patria y á mis amigos cuando se viesen en peligro. Serán pequeños é insignificantes mis ta-

lentos; pero á lo ménos conozco muy bien la fuente en que he de tomar la energía del estilo, la grandeza de los planes, la sublimidad de los conceptos; en una palabra, lo más esclarecido y grande que se busca y admira en los discursos del orador: "Illa quidem certe quæ summa sunt, ex quo fonte hauriam sentio."

No podia hacerse elogio más completo, ni más exacto de la poesía que tenerla por fuente de lo más escogido y grande que se reconoce en la elocuencia. Ciertamente, por mucho que la imaginación y el sentimiento concurren á los planes del orador, si éste no está familiarizado con las imágenes atrevidas y los vuelos admirables de la poesía, difícilmente hará tan odioso el vicio, tan amable la virtud, tan dulce y atractiva la verdad.

Mas no solo influye la poesía en los progresos del buen gusto, en la perfeccion del talento y en los primores del estilo oratorio, tambien contribuye á la moral, á la virtud y al heroismo.—

Tercera ventaja.

"¿Qué sería de la doctrina de los filósofos y de los ejemplos de los grandes hombres sin el auxilio de las letras? En el abismo estarían sepultados esos recursos poderosísimos y únicos para formar el carácter y sostener el espíritu en la práctica de la virtud.

"La virtud y la gloria, que es su premio, son dos bienes á los cuales ningun otro es preferible. Esto lo sé yo desde mi juventud por las lecciones y escritos numerosos de tantos sábios: y si no fuera tal mi persuacion, nunca por atender á vuestra conservacion me hubiera lanzado á los encuentros y embates diarios con los hombres más detestables."

En cuarto lugar, la literatura es útil á los que manejan los negocios del Estado. "¿Cuántos caracteres de los hombres grandes nos han dejado en sus obras los escritores griegos y latinos, no solo para satisfacer nuestra curiosidad sino tambien para ofrecernos dechados que imitar? Yo de mi parte puedo decir, que siempre los tuve delante cuando manejaba los negocios públicos; y la sola contemplacion de tan excelentes modelos bastaba para sostener mi carácter y fortalecer al mismo tiempo mi espíritu."

¡Cuanto interés no reciben estas máximas, cuando el primer orador latino, que con tanto desinterés y patriotismo habia dirigido largo tiempo los asuntos de la República, se ofrece al auditorio como una experiencia viva de su incontestable utilidad!

"En fin, si hay todavia quien niegue la importancia de las letras, que responda por mí un Scipion el Africano, un Cayo Lelio, y Lucio Fu-

rio, un Caton, que tan decidido empeño tomaron en cultivarlas.”

Después de haber hecho sentir la utilidad é importancia de la literatura, la presenta como el más noble de todos los recreos, como la mejor compañera del hombre en todas las situaciones de la vida.

“Los demás placeres, dice, ni son de todas las circunstancias, ni de todos los países, ni de todas las épocas de la vida; muy al contrario sucede con las letras, que alimentan la juventud, encantan la vejez, adornan la prosperidad, abren al infortunio un asilo en donde viene á encontrar el consuelo: nos deleitan en la casa, no nos embarazan fuera de ella, nos acompañan en nuestras vigiliass, nos siguen en nuestros viajes, nos embelezan en la campiña.”

¡Cuántas bellezas mil veces notadas y mil veces repetidas encierra este pasaje! Una ojeada rapidísima basta para descubrir lo fugitivo de todos los placeres. Nada es capaz de satisfacer la inmensa avidez de nuestro corazón, ninguna alegría conserva sus prestigios, y los placeres comunes de la vida envejecen con nosotros.

La infancia vuela y arrastra consigo sus inocentes juegos; huye la juventud, y cede el campo de las ilusiones á los cuidados de la edad madura; la vejez entretanto nos arrebató el as-

pecto del hombre formado y entristece y angustia nuestro corazón al presentárenos á la vista circundada de dolores y de afanes, acosada por la ruindad mesquina, siempre dominada por la sospecha, siempre irresoluta por la desconfianza, siempre tímida é inerte. ¿Dónde está, pues, el placer? ¡Ah! No le busqueis en las tendencias de los sentidos, en la satisfacción de los deseos menos nobles; sino en la perfección del hombre moral en el cultivo de la razón, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias.

La literatura convida á todas las edades con mil placeres que se suceden sin interrupción y contra los cuales nada puede prevalecer. Ved al joven prudente, previsivo, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior á los goces mesquinos y reprobados; registrando la lira de Píndaro y de Horacio, elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que inmortalizaron á las antiguas repúblicas. ¿Dónde ha encontrado el origen de placeres tan deliciosos? En las letras, responderá él, que han sido mi ordinario alimento. “Adolescentiam alunt.”

Al viejo que no quiso cultivar las letras, mi-



radle aislado en el rincón de su retiro, presenciando el espectáculo triste de la muerte que le amenaza, del joven que le abandona, del hombre que le compadece, del fastidio que le consume y del círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoje y estrecha sin cesar.

Ved ahora aquel anciano, cuya sabiduría le ha conquistado el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, en el fondo de su alma halla la fuente del placer: no puede ya desafiar las tempestades del Océano; pero no importa, en su pacífico retiro le sorprende la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los tiempos y de todos los países: su edad no es una barrera que le separe de la generación en que vive: Su noble aspecto atrae la sonrisa de la inocencia y el niño se duerme tranquilo en sus brazos: todos los jóvenes vienen á sentarse al rededor de él; y le escuchan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobación para partir á los combates: el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia: el sabio laborioso somete á su calificación los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica.

“Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademán dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada, donde la virtud parece haber grabado sus máximas. Esta vejez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y exitar el disgusto, atrae tan bien el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginación religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representarse al Eterno.” Tal se muestra á nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante de morir por la verdad. ¡Tales son los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad! “Senectutem oblectant.”

Si se trata de la prosperidad, ésta nunca parece tan grande como cuando las letras derraman sobre ella todo su esplendor. “Secundas res ornant.”

Si de la adversidad, la dulcifican. En medio de su infortunio el hombre de letras puede producir obras inmortales que hagan célebre su nombre para siempre: en todo tiempo es dueño de la virtud y de la gloria, y esto solo tiene poder sobrado para disminuir y aun hacer olvidar las vicisitudes más penosas de la vida. Adversis perfugium ac solatium præbent.”

El hombre retirado pasa tranquilamente las

plácidas horas, rodeado de los ilustres génius, que las han cultivado en todas las edades: Los Sócrates y los Platones son sus amigos. Allí consagrado al estudio y á la contemplacion, encuentra aquel inocente placer, cuya dulzura solo es dado sentir á los amantes de las letras. "Delectant domi."

¿Salimos del retiro para respirar el aire puro de los campos? Las letras, que tan sólidos placeres proporcionan, no embarazan nuestra marcha, antes la sostienen con agrado, viven con nosotros y forman una parte de nuestro sér. "Nobiscum pernoctant, nobiscum peregrinantur." Y para trasladarse con nosotros no exigen, como los demás placeres, ni el más ligero sacrificio. "Non impediunt foris."

Pero donde la literatura franquea más particularmente sus amables atractivos, es en aquellos momentos de la vida en que, fastidiados con el eterno bullicio de las ciudades, con la servidumbre de la etiqueta y los molestos y pesados negocios, volamos á la solitaria campiña. Allí recordamos con el mayor placer la dicha inefable de Títiro y los infortunios de Melibeeo. Las doradas espigas, la miel sabrosa de los panales, las claras fuentes y corrientes ríos, nos pintan y retratan aquellos dichosos siglos á quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados. Allí

sube maravillosamente el precio de los pensamientos grandiosos; allí ostenta mejor el espíritu su angusta soberanía: los libros, estos amigos fieles, tienen un no sé qué de nuevo y sorprendente en medio de los campos. El alma se siente más inclinada á la virtud cuando contempla la frescura de una mañana de primavera, la tarde silenciosa y sublime, el ruido misterioso del bosque lejano y el apacible y grato murmurio de la fuente vecina.

Despues de tantos siglos, ni uno solo de sus encantos ha perdido este pasaje de Ciceron que acabamos de exponer. Hélo aquí en versos castellanos:

¿En qué sitio el derecho, bellas artes,  
No teneis de agradar? ¿Hay gozo alguno  
Extraño á vuestro gozo? No: á vosotras  
Sus instantes más dulces debe el sábio,  
En vuestros brazos gusta el grato sueño,  
Despierta con vosotras. ¿Mas qué digo?  
Mientras que todo duerme de él en torno,  
La antorcha fiel de inspiracion sublime  
En su vigilia todavía le alumbra.  
Sus males consolais, formais su dicha:  
Sois vosotras su honor y sus tesoros;  
Sois el amor de sus hermosos dias,  
Y la esperanza de sus viejos años:

Sus compañeras sois en la campiña,  
 Y también su amigas en el viaje,  
 Y de paz, de virtudes y de estudios  
 Rodeado sin cesar, aun el destierro  
 Es con vosotras un abrigo sacro.  
 Así de Tásculo en los caros bosques  
 A Roma ingrata Ciceron olvida.

“¿Y en vista de todo esto no hemos de apreciar á un poeta, nosotros, que poco ha juzgamos digno de nuestro aprecio al cómico Roscio? ¿Y á un poeta cuyo talento para improvisar es conocido y de quien he visto encomiar algunas piezas en términos de igualarle á los antiguos maestros? ¿Acaso no han sido siempre los poetas hourados de todos? ¿Cuántas ciudades se disputan la gloria de ser la patria de Homero? ¿Y cuántos generales han probado su adhesión á los poetas, muchas veces vulgares, que cantaban sus hazañas? Enio fué muy amado de Scipion, Teófanos lo fué de Pompeyo, otro mal poeta de Sila, los cordoveses, con todo y su rudo canto de Q. Metelo Pio..... ¿Qué más? El mismo Alejandro Magno, aquel conquistador del mundo, envidiaba la muerte de Aquiles, no por su gloria militar, sino por su admirable panegirista” (1) ¿Qué triunfo tan bello para las le-

(1) Homero.

tras! ¿Qué delicadeza para exaltar su poder en un pueblo de guerreros como eran los romanos! Y en verdad que valen poco las más esclarecidas proezas, si la elocuencia y la poesía no transmiten su celebridad á las futuras generaciones.

“Así, pues, en una ciudad en que los generales, casi con las armas en la mano, han ofrecido sus homenajes al nombre de los poetas, no deben los jueces togados desdeñarse de honrar á las musas y de proteger á los mismos poetas. Protejed, pues á Licinio que ha celebrado las hazañas de C. Mario y L. Lúculo.”

“Y para que os determinéis á esto con mejor gusto, sabed que cuanto habeis hecho conmigo durante mi consulado por la conservación de esta ciudad, y de este imperio, por la vida de los ciudadanos y por el bien general de la República, es hoy asunto de un poema que tiene comenzado Archías.”

¿Cómo no rendir á este hombre el homenaje de nuestra gratitud? ¿Cómo no amarlo? Ciudadanos, ¿para qué disimular lo que no se puede encubrir? Todos somos impelidos por el amor de la celebridad; lo son las almas grandes; y los mismos filósofos, que escriben sobre el menosprecio de la gloria, ponen su nombre al frente de sus libros. Por lo que á mí toca, os diré, que al tiempo mismo de poner en práctica todas

las cosas que hacia, juzgaba que ellas iban á grabar mi nombre en la memoria sempiterna del Universo."

Nótese aquí la gradacion de ideas. Solo despues de citar unos ejemplos tan brillantes de amor á la gloria, se atreve á decir que todos somos impulsados por el amor de la celebridad, y cuando esto ha dicho, ya puede abrir su corazon á los magistrados y descubrirles su pasion por la gloria.

#### EPILOGO.

Este es un prodigio de concision, elegancia y energía. El discurso todo, hasta en sus últimos pormenores, está presentado tan felizmente en orden á la eleccion y distribucion de las palabras y de las ideas, que parece una hermosa miniatura en que se han apurado todos los recursos del arte.

¿Mas para un discurso de tanto movimiento una conclusion tan calmada? Reflexiónese que lo patético tiene un término y una medida fija; que de él á la declamacion no hay más que un paso; que una vez esforzadas las pasiones hasta el punto en que se ven al fin de la parte confirmativa de este discurso, es un paso tan arriesgado insistir aun en el mismo tono, que lo más fácil es dar en la hinchazon. Además, cuando

se ha conseguido ya electrizar en favor nuestro el ánimo del auditorio, toda mocion ulterior seria superflua: entonces basta exponer sencillamente nuestros deseos, para que en todo sean obsequiados.

TRADUCCION

DE LA

EGLOGA PRIMERA DE VIRGILIO MARON,

POR DON MANUEL MONTES DE OCA.

TITIRO Y MELIBEO.

MELIBEO.

Títiro, tú só la extendida copa  
Del haya recostado,  
Con tu sutil avena,  
Ejercitas la agreste cantilena.  
Dejamos ¡ay! nosotros  
Los lindes de la patria y dulce prado;  
Nosotros, tristes, de la patria huimos:  
Tú, Títiro, en la sombra deliciosa,  
Tranquilo al bosque á resonar enseñas,  
Amarílida hermosa.

TITIRO.

¡Oh Melibeo! tan segura holganza  
Debíla yo de un dios á la clemencia;  
Porque aquel para mí será dios siempre,

Y un tierno recental de nuestro aprisco  
Le ha de bañar sus aras con frecuencia.  
El permitió que en el repasto vaguen,  
Cual vés, las vacas mias,  
Y que me esté yo mismo solazando,  
Rústica flauta á mi sabor tocando.

MELIBEO.

No te envidio, en verdad, que más te admiro,  
Los campos viendo en general trastorno.  
Héme alejar al punto de estos llanos  
A las cabrillas, que doliente sigo:  
Esta que vés ¡oh Títiro! que apenas  
Llevar puedo conmigo,  
Aquí há poco entre densos avellanos  
Dos gemelos parió, de la manada  
Esperanza halagüeña:  
Dejólos ¡ah! sobre desnuda peña.  
Si no cegara nuestra mente un velo,  
Nos predijo mal tanto,  
Con rayo abrazador el mismo cielo,  
Hiriendo al roble con fatal ruina:  
La siniestra corneja en triste canto  
Bien lo anunció desde la hueca encina.  
Más, ¿quién es ese Dios? Títiro, dime.

TITIRO.

Yo juzgué la ciudad que llaman Roma,  
¡Nécio de mí! á la nuestra semejante,

Adonde veces muchas, Melibeo,  
 Los pastores de aquestas alquerías  
 Llevar solemos á las tiernas crias.  
 Que así como á los canes sus cachorros,  
 Y así como los chotos á sus madres  
 Siempre yo semejantes observaba;  
 Así por lo pequeño acá en mi mente,  
 Lo grande figuraba.  
 Más aquesta ciudad su excelsa frente  
 Descollando entre todas adelanta,  
 Cuanto el ciprés altivo  
 Entre dóciles mimbres se levanta.

MELIBEO.

¿Y qué causa llevarte pudo á Roma?

TITIRO.

La libertad, que á la pereza mia,  
 Aunque tarde, miró, cuando ya cana  
 Al rasurar la barba me caía.  
 Miróme y vino tras de largo tiempo,  
 Despues que tierna me acogió Amarilis,  
 Y dejó Galatea;  
 Pues, en verdad, cuando en poder estaba  
 De Galatea, ni esperanza había  
 De aquesta libertad que me recrea,  
 Ni mi hacienda cuidaba;  
 Y aunque saliendo fué de mis rediles

Víctima tanta que á vender conduje  
 A la ingrata ciudad, y aún mucho queso;  
 El dinero jamás, volviendo al hato,  
 Abramara mi diestra con su peso.

MELIBEO.

Me admiraba, dudando ¡oh Galatea!  
 Por qué invocabas aflijida al cielo,  
 Y para quién guardabas con tal celo  
 Las pomas que en tus árboles colgaban.  
 Tu Títiro de aquí se hallaba ausente,  
 ¡Oh Títiro! y á tí los mismos pinos,  
 A tí la misma fuente  
 Y esta arboleda misma te llamaban.

TITIRO.

¿Qué hacerme? Nunca yo salir pudiera  
 De amarga servidumbre,  
 Ni á tan propicios dioses conociera.  
 Allí al jóven he visto ¡oh Melibeo!  
 Por quien al año humea doce veces  
 Mi altar con sacra lumbre.  
 Allí pedíle, y respondió: "Zagales,  
 Apacentad cual ántes el ganado  
 Y someted los toros al arado."

MELIBEO.

Anciano venturoso, ¡luego quedan  
 En tu poder los campos!

Y es para tí cumplido su terreno,  
Aunque á sus pastos cerquen vivas peñas,  
Y tendida laguna

Con márjen de limoso junco lleno.

No á tus preñadas desusados pastos

Han de dañar en tierra peregrina,

Ni verás tus paridas contagiadas

Con pegadizo mal de grey vecina.

Aquí en tu patria, venturoso anciano,

Entre sagradas fuentes

Y conocidas márgenes de rios,

Respirarás sereno el aura fresca

De lugares sombríos.

Aquí que siempre en la vecina linde

Híbleas abejas zumban,

Libando mieles del sauzal florido,

Quedarás dulcemente

Con el susurro blando adormecido.

Aquí bajo alta roca

Dará su voz el podador al viento;

Ni en tanto cesarán su ronco arrullo

Las torcaces palomas, tu cuidado,

Ni su gemir amante

La tórtola en el olmo levantado.

TITIRO.

Antes, pues, se verá que el leve ciervo

Por la eterea region paciendo vaya,

Y que arrojen los mares de sus ondas

Desnudos peces sobre enjuta playa,

Antes ambas regiones

Trocando sus confines más lejanos

Beberá del Saona el Parto errante

Y del armenio Tigris los Germanos;

Que la imagen de rostro tan querido

Se borre de mi pecho agradecido.

MELIBEO.

Pero nosotros, de la patria irémos

Unos á los sedientos africanos,

Otros á ver la Escitia retirada,

Y el raudo curso del Cretense Araxes

Y á la region britana que del todo

Está del orbe entero separada.

¿Será dable que un día,

Despues de largo tiempo á ver yo torne

Las dulces lindes de la patria mia?

¿Y, despues de espigar cosechas varias,

Aquel cercado que mis reinos era

Miraré conmovido,

Y de mi pobre choza

Aquel techo de céspedes tejido?

¿Y un soldado cruel, en nuestro daño

Ha de gozar de tan labradas tierras?

¿De estas lozanas mieses un extraño?

¿Ved, míseros pastores á qué males

Nos arrastraron las internas lides!  
 ¡Ved para quién plantamos esos campos!  
 ¡Ingerta Melibeo tus perales!  
 ¡Pon ahora á cordel las tiernas vides!

Andad, cabrillas mias,  
 Andad, un tiempo mi feliz ganado:  
 No os veré más tendido en verde gruta,  
 Allá en cerro apartado  
 De la erizada peña estar pendientes;  
 Ni versos cantaré; ni apacentadas  
 De hoy más por mí despuntaréis, cabrillas,  
 Sauce amargo y citisos florecientes.

## TITIRO.

Aquí podrás conmigo aquesta noche  
 Descanzar sobre verdes espadañas:  
 A fé tenemos quesos abundantes,  
 Y sazoadas pomas y castañas;  
 Que de las alquerías ves los techos  
 De lejos humear en los alcores,  
 Y ya las sombras crecen  
 Y de los altos montes caen mayores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

004